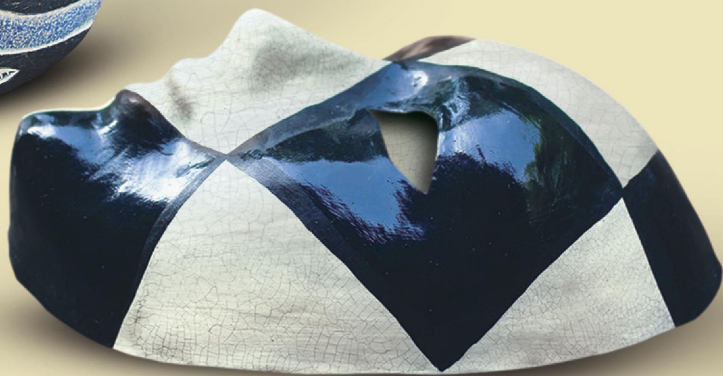


Judith Miller y otros
con Rosine y Robert Lefort

Porvenir del autismo



Paidós

Porvenir del autismo

Judith Miller y otros
con Rosine y Robert Lefort

Miller, Judith

Porvenir del autismo / Judith Miller y otros, con Rosine y Robert Lefort. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2021.
224 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción: Lorena Buchner
ISBN 978-950-12-0357-8

1. Psicoanálisis. I. Título.
CDD 150.195

1ª edición: diciembre de 2021

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

© 2021, Fundación Casa del Campo Freudiano



Título original: *L'avenir de l'autisme, con Rosine y Robert Lefort*,
Bibliothèque Lacanienne, Navarin, París, 2010.

Dirección: Jacques-Alain Miller
Traducción: Lorena Buchner

Textos publicados con autorización:

“*Variétés de la lettre et objets autistiques*”, traducido por Beatriz Premazzi, publicado con autorización de Éric Laurent.

“El tratamiento del niño autista”, publicado con autorización de su autora, Silvia Tendlarz

Revisión de la traducción del volumen completo: Silvia Geller

Todos los derechos reservados

© 2021, Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello Paidós®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

ISBN 978-950-12-0357-8

3.000 ejemplares

Impreso en Master Graf S.A.,

Mariano Moreno 4794, Munro, Pcia. de Buenos Aires,
en el mes de noviembre de 2021

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

I
El Niño del Lobo

1. La lógica de la estructura

Vilma Coccoz

Una muy viva emoción acompaña nuestra lectura de la clase del 10 de marzo de 1954 del *Seminario 1*, titulada: “¡El lobo! ¡El lobo!”.¹ Fue así, bajo el nombre de su perseguidor, que el caso Roberto se ha vuelto célebre. Lacan sitúa la presentación de este caso en el marco de su nueva tópica de lo imaginario, genial lectura del narcisismo freudiano. Hete aquí lo que anuncia la importancia histórica de la clínica de Rosine y de Robert Lefort en la comunidad de trabajo de orientación lacaniana: “Así como hace dos reuniones partimos de la observación de Melanie Klein, cedo hoy la palabra a Rosine Lefort”.

Este relato emociona, vibra por la frescura, honestidad y humanidad de Rosine Lefort tratando de comprender la causa del sufrimiento inaudito de un niño de tan solo cuatro años, que consigue atemorizar a su entorno con sus gritos, violencia y desesperación. Rosine Lefort no busca el medicamento que lo apacigüe y lo calle, ni un ‘programa’ de reeducación para que ya no moleste. Ella sigue la lógica de la estructura, recopilada en la historia particular del brutal abandono del Otro que lo ha dejado sin el apoyo vital del deseo y del amor, ahogado en el goce de las impiadosas intervenciones padecidas por su cuerpo enfermo. Rosine Lefort intenta comprender lo que ha ocurrido para invitarlo a tomar la palabra, permitiéndole así acceder a la humanidad que le había sido denegada hasta ese encuentro. Sabe que no son las buenas intenciones

1. Lacan, J., *El seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1991, pp. 141-166.

las que pueden permitir ganar la partida, sino el acceso a la verdad de un sufrimiento injusto, cuyo reconocimiento había estado proscrito.

Rosine Lefort transcribe con cuidado la información de la historia clínica, pero su posición es radicalmente analítica: “Roberto nació el 4 de marzo de 1948. Su historia fue reconstituida trabajosamente, y si los traumatismos sufridos pudieron conocerse fue, sobre todo, gracias al material aportado en las sesiones”.² Tal es la clara afirmación de una psicoanalista. Nada presupone sobre el alcance de los acontecimientos, no se deja sugestionar por lo que imagina, sino que extrae su saber del trabajo realizado en sesión con el niño. Haciendo lugar a los gritos de Roberto, podrá captar los efectos desmesurados de los traumas –que podrán finalmente expresarse–, hasta que el niño logre formular, por primera vez, una demanda de refugio.

Tenemos aquí una psicoanalista que no cede ante lo inconmensurable del estrago del Otro en este niño, una psicoanalista que resiste a las manifestaciones de la pulsión de muerte, a la agresividad del pequeño enloquecido. Un deseo más fuerte que todo la anima y la guía. Para ella, cada signo tiene su importancia, cada detalle merece ser registrado, considerado, interrogado, interpretado. Sin desdeñar nada, toma nota de estos detalles, puesto que supone en ellos la presencia de un sujeto que aún no ha comenzado a decirse en la palabra, pero que dirige no obstante su mensaje a buen entendedor, aquel que no ignora las consecuencias de su presencia, de su mirada, de su palabra, de su voz.

Sostenida por un deseo inquebrantable y una sensibilidad aguzada, Rosine Lefort se implica de entrada, sin ninguna demanda ni indicación. Atenta a cada movimiento de Roberto, deduce que, si hace caca en cada sesión, es porque se cree obligado a darle algo para conservarla. Percibiendo luego la relación entre la defecación y la destrucción, advierte que ese comportamiento era, en realidad, un rito propiciatorio –agitado, ponía el recipiente cerca de la puerta gritando “¡El lobo! ¡El lobo!”–.³ El objeto anal está entonces fuera

2. *Ibíd.*, p. 144.

3. *Ibíd.*, p. 149.

de la demanda. Cuando Rosine Lefort interpreta el ritual, el niño responde “diciendo pudo, pudo [*a pu, a pu*], como para no estar obligado a entregarlo. Comenzó entonces a ser agresivo conmigo, como si al darle permiso para poseerse a través de esa caca de la que podía disponer, yo le hubiera dado la posibilidad de ser agresivo”.

Sin la protección simbólica del Nombre del Padre y de la pantalla de la fantasía, el niño psicótico se encuentra abrumado por mandatos, órdenes, prohibiciones, y destruido por las imágenes aterradoras que fragmentan su cuerpo. Ninguna absolución es posible para aquel que es infinitamente culpable de una falta que no ha cometido, para aquel a quien se le ha negado el derecho humano de proteger su propio ser: “Un poco de arena cayó al suelo desencadenando en él un pánico inverosímil. Se vio obligado a recoger hasta la más mínima pizca, como si fuese un pedazo de sí mismo, y aullaba: ‘¡El lobo! ¡El lobo!’”.⁴

Ayudar a un niño en una posición tan extrema a plantear su dificultad implica una abnegación considerable, una docilidad frente a la estructura. Esta posición solo se obtiene renunciando a todas las pasiones yoicas, al narcisismo, a los ideales terapéuticos.

Las interpretaciones de Rosine Lefort ofrecen a Roberto la humanización que solo la palabra verdadera puede conferir a las necesidades más modestas, aquellas en las cuales todos fuimos moldeados, según el decir de Lacan. “La leche es lo que se recibe. La caca es lo que se da, y su valor depende de la leche que se ha recibido. El pipí es agresivo.”⁵

Día tras día, Rosine Lefort sostiene a Roberto, no lo deja caer, le ofrece su permanencia, su presencia. Así aligera la autodestrucción que aniquila y desuela al niño, para quien la ausencia del otro y los cambios de lugares constituyen medidas coercitivas, castigos insondables. Poco a poco, Roberto forja un uso topológico de los diferentes ambientes donde las sesiones tienen lugar. Hay uno, esencial, que es destacado, aquel en el que Roberto logra encerrar a Rosine Lefort en el cuarto de baño, para volver solo a la habitación donde se encontraban habitualmente: “Roberto [...] subió a la cama vacía y

4. *Ibíd.*

5. *Ibíd.*, p. 151.

se puso a gemir. No podía llamarme, y era preciso sin embargo que yo volviese, pues yo era la persona permanente. Volví. Roberto estaba tendido, patético [...]. Y, por primera vez en una sesión, extendió sus brazos y se hizo consolar. A partir de esta sesión, se percibió en la institución un cambio total de comportamiento”.⁶

Podemos imaginar el silencio conmovido de la asamblea que acababa de oír este testimonio incomparable. Mediante los comentarios de Lacan, podemos hacernos una idea del efecto producido, la trascendencia que confiere al primer y único significante que el sujeto enuncia –“¡El lobo! ¡El lobo!”– designándolo como la médula de la palabra. Sus comentarios otorgan a este enunciado una perspectiva tan precisa como preciosa: no se trata de un niño deficitario, se trata de un niño alucinado. A partir de allí, el carácter absolutamente emotivo de su interpretación de la sesión en la que Roberto realiza una especie de autobautismo simbólico, cuando derrama la leche sobre su cuerpo, que –por la gracia de la transferencia– tiene en lo sucesivo la significación de algo bueno. El niño puede así pronunciar su nombre, en voz baja, tocando su cuerpo, del que comienza a apropiarse, aferrándose finalmente a la vida.

Sería más que deseable que los artífices comportamentales y cognitivos pudiesen un día leer el relato del tratamiento de este niño ‘hiperactivo’. Tal vez se espantarían ante la crueldad con la que se empeñan en intentar someter a niños como Roberto, con “prácticas abominables”,⁷ como las calificaba Jacques-Alain Miller. El ejemplo de Rosine y Robert Lefort centellea como una luz en la oscuridad de los protocolos utilizados para someter las manifestaciones irracionales y desesperadas de la pulsión de muerte. Estas prácticas redoblan el abandono infantil, desprecian la soledad absoluta de estos sujetos, los entregan como objetos a adultos que tienen el poder de segregarlos, negando su condición de sujeto y excluyéndolos del mundo del deseo.

Rosine y Robert Lefort no se consideran superiores. No mantienen a estos niños enloquecidos fuera de la humanidad, del lazo

6. *Ibíd.*, p. 153.

7. Miller, J.-A. “Des pratiques abominables”, en *L’anti-livre noir de la psychanalyse*, París, Seuil, 2006, pp. 11-14.

social, han llegado hasta a poner en tensión la experiencia de un loco genial, el presidente Schreber, y la del pequeño Roberto, un huérfano marginal y amenazado.⁸

Rosine y Robert Lefort ya no están con nosotros, y hoy nos encontramos un poco más solos en este combate que debemos sostener contra el cientificismo, la evaluación, “la política de las cosas”.⁹ Nos han legado¹⁰ su ejemplo, el de una acción ética que vuelve posible una “política de elección”, sin la garantía del Otro, pero con la eficacia de una enunciación que opera en acto, obrando en favor de la subjetividad amenazada.

8. Lefort, R. y Lefort, R., *Les structures de la psychose*, París, Seuil, 1988.

9. Milner, J.-C., *La política de las cosas*, Málaga, Miguel Gómez, 2007.

10. Cocoz, V., “El legado de Rosine y Robert Lefort”, *Carretel*, n° 8, abril de 2008.